

## El fundamentalismo norteamericano

**Carlos Cañeque** / Profesor titular de Ciencia Política en la UAB.  
Escritor

Si bien, a grandes rasgos, podemos considerar el marco ideológico norteamericano dentro de la tradición liberal europea (el breve texto de la Declaración de la Independencia y la propia Constitución se fundamentan sobre todo en la figura de Locke), también es cierto que a lo largo de su historia se han formado movimientos que, al menos implícitamente, contradicen algunos de los principios básicos del liberalismo. En el siglo XX, el más sobresaliente de estos movimientos es el fundamentalismo, esa forma de conservadurismo político-religioso que, en la sociedad norteamericana, ha creado un verdadero paraguas autolegitimador. Ya desde la mítica fundación nacional, aquellos peregrinos que desembarcaron en las costas de Nueva Inglaterra confirieron un clima religioso que nunca dejará de filtrarse hasta en los pronunciamientos supuestamente más secularizados. Para un sector considerable de la población blanco-protestante americana, los Estados Unidos constituyen una nación bendecida o apadrinada por Dios. Desde esta perspectiva, la historia americana se identifica con la suerte de un grupo anglosajón y protestante que ha sido visitado (amenazado) por sucesivas minorías contra las que ha ido edificando distintas formas de nacionalismo político-religioso. Frente al mundo moderno y al progreso plural y cosmopolita preconizados en la Constitución, este discurso paranoico ha ido denunciando y, en ocasiones, interrelacionando a ilustrados, darwinistas, positivistas, masones, judíos, católicos, comunistas, homosexuales y feministas, desde el mismo plano moralizante y puritano que emerge de una lectura unidireccional y prejuiciada del texto bíblico.

Sociólogos y politólogos tienden a señalar el aspecto religioso de la sociedad norteamericana como un elemento esencial de su tradición. La religión se vive en este país de una forma muy especial. Basta comparar algunas estadísticas para darse cuenta de que los ciudadanos que se autocalifican agnósticos o ateos son mucho menos numerosos que en otras naciones occidentales. A pesar de la explícita separación entre la iglesia y el Estado proclamada en los textos fundacionales, ningún presidente se ha declarado indiferente a la religión. Es más, casi todos han incluido en sus respectivas campañas un alto compromiso religioso, haciendo frecuentes referencias a Dios o rodeándose de asesores morales o espirituales. Aunque la mayoría de los que han hecho hincapié en el aspecto religioso han sido presidentes del partido republicano, también han habido muchos casos entre los demócratas. Carter, por ejemplo, decía que se pasaba el mismo tiempo sobre la silla de su despacho que sobre sus rodillas y, otro demócrata como Clinton, en pleno escándalo sexual con la famosa becaria, fue a pedir consejo a un reverendo. Esta religiosidad, que parece inseparable de cualquier aspirante a la presidencia, ha tenido el color blanco y la connotación protestante como condiciones básicas de viabilidad. Kennedy fue el único presidente no protestante (católico) de toda la historia de los Estados Unidos y, en la campaña que lo llevó a

la presidencia, tuvo muchos problemas para eludir las suspicacias de todos aquellos que le veían supeditado espiritualmente a otro Estado extranjero («Your home is Rome», rezaba la elocuente rima de sus oponentes). Es muy significativo –si lo comparamos con otros países europeos– el hecho de que casi todos los discursos de los presidentes americanos terminen con una frase que ya parece el final de un rito: «Dios bendiga América». También lo es que en todos los dólares nos encontremos con otra frase: «In God We Trust» (Confiamos en Dios).

En la sociedad civil es también muy visible este factor religioso. Gran parte de la población sigue con verdadera entrega el fenómeno único en el mundo del televangelismo americano, esos reverendos que con frecuencia terminan sus programas gritando, profetizando acontecimientos y hasta haciendo milagros... Pero veamos algunos antecedentes históricos de esta manifestación ideológica tan difícil de comprender para cualquier ciudadano europeo.

### **La lucha contra el mundo moderno**

El fundamentalismo de principios del siglo XX es el eje político en el que se vertebran las posiciones de gran parte del conservadurismo político-religioso en los Estados Unidos. Frente al llamado «modernismo» (sobre todo frente al darwinismo y su explicación evolucionista del nacimiento del ser humano), se produjo una reacción que se aferraba a la Biblia como única referencia ética, política y cultural. Para los fundamentalistas norteamericanos, cualquier filosofía, doctrina teológica o social que no tuviera como principio básico esa preponderancia clara del Texto Sagrado, se convertía automáticamente en una peligrosa amenaza contra los fundamentos de la nación. América, defensora de la democracia, detractora de la aristocracia, del alcoholismo y de la esclavitud, aspiraba a convertirse en la gran continuadora de la cristiandad, de esa cristiandad de la que Europa se estaba alejando con autores como Darwin o Marx. A partir de 1920, las polémicas teológicas que inicialmente se produjeron en los «institutos bíblicos», en los colleges y en las universidades religiosas, se fueron extendiendo hasta convertirse en un verdadero debate nacional en el que estaba en juego la esencia misma de la nación. Un sentimiento de miedo corrió entre muchos protestantes americanos que veían en el darwinismo y el marxismo claros ejemplos del deterioro moral del viejo continente. Como en cualquier nacionalismo radicalizado, todo estaba a favor o en contra de sus fundamentos morales. En 1922, William Jennings Bryan, presidente de un instituto bíblico, declaraba que el modernismo y sus corrientes darwinistas «son una amenaza contra nuestra nación, ya que no puede haber paz sin victoria».1 La propia guerra civil era interpretada como una suerte de catarsis interna en la que las fuerzas del bien habían salido victoriosas. Entre sus argumentos utilizaban términos que connotaban una clara teologización de sus propuestas. Términos como «voluntad de Dios», «destino nacional» o «nuevo reino de la cristiandad», eran frecuentes en las revistas y las declaraciones fundamentalistas de los años veinte.

En su romántico regreso a la virtud, los fundamentalistas pretendían un tipo de programa político que permitiera asegurar sus tradiciones más conservadoras. El punto más importante estaba en la lectura de la Biblia en los colegios públicos y en las universidades. Theodore D. Woolsey, un rector retirado de la universidad de Yale, afirmaba en una conferencia en 1923: «Esta nación puede ser considerada

como una nación cristiana a pesar de no tener una iglesia oficial, precisamente porque la gran mayoría de sus habitantes cree en el cristianismo y en el evangelio, así como en que nuestra cultura está basada en éstos desde su fundación».2 El espacio clave de la cruzada conservadora se producía en la enseñanza. Los protestantes reaccionarios veían en la educación una posible respuesta al mundo cambiante impuesto por la sociedad moderna. Ellos habían dominado hasta entonces las líneas ideológicas de la enseñanza y por ello pusieron el grito en el cielo cuando fueron calando en las universidades aquellas tendencias amenazantes. La teoría de la evolución de Darwin se había convertido en un verdadero enemigo contra el que luchar. Si el ser humano era descendiente del simio, la versión genesíaca sólo podía ser metafórica. Para los escandalizados fundamentalistas, los niños americanos no podían aprender esos disparates que llegaban del otro lado del Atlántico. Así, tratando de ridiculizar la teoría de la evolución, la campaña fundamentalista fue politizándose hasta producir carteles propagandísticos en los que, por ejemplo, aparecían perversos monos corriendo por las calles de Nueva York con la bandera americana...

El término fundamentalismo surge en el contexto protestante norteamericano. Durante los años que van desde 1910 a 1915, editados por Lyman Stewart, un millonario del sur de California, se habían ido publicando 12 volúmenes que recibieron el nombre de Los Fundamentales. Lyman Stewart calificó los textos como «las mejores y más leales fuentes educativas del mundo». En todos ellos es evidente una clara tendencia reaccionaria frente al modernismo. Si bien predominan los argumentos de tipo teológico, también se desciende a lo social y político. Los doce volúmenes consiguieron reunir textos de un gran número de profesores, escritores y teólogos conservadores americanos. La primera distribución de Los Fundamentales no trascendió el ámbito académico de orientación religiosa. Pero el carácter empresarial de Lyman Stewart hizo que los textos pudieran llegar pronto a sectores más amplios, creando un impacto social importante. En 1920, la mayor parte de la población americana estaba familiarizada con el término fundamentalismo y, especialmente entre los republicanos, se veía con simpatía. La palabra hace referencia a lo fundamental, es decir, a lo esencial de la doctrina cristiana. Es por ello que encaja mejor en la concepción protestante que en la católica. En el catolicismo preocupa más la integridad doctrinal –la acumulación histórica, los concilios, los papas, etc–, y, por ello, el término propio del catolicismo conservador es el de «integrista». En el protestantismo prevalece una interpretación «fundamentalista» y no «integrista». Es importante distinguir el fundamentalismo (de tradición protestante norteamericana) del integrista (de tradición católica), porque los dos términos implican estructuras organizativas distintas. La del catolicismo es piramidal y centrípeta; la del protestantismo tiende a ser democrática y centrífuga. En el contexto católico, cualquier disfunción puede ser castigada con la censura o la excomunión. En el protestante, la disfunción se convierte en nueva secta, y nadie protesta... Es irónico que estas dos acepciones (fundamentalismo e integrista) de origen cristiano, hayan sido lanzadas por la prensa norteamericana para denominar sectores conservadores en el contexto de los países islámicos...

El fundamentalismo se fue politizando a partir de la Primera Guerra Mundial. La idea premilenarista que suponía que con el fin del milenio cabía esperar una fuerte ofensiva de las fuerzas del mal, coincidía con la expansión del comunismo. El clima bélico dejó el terreno preparado para que las publicaciones

fundamentalistas comenzaran a tener influencia social. Un pesimismo profético comenzó a instalarse entre los grupos fundamentalistas. En 1920, William Riley fundó una revista titulada *Christian Fundamental in School and Church*, en donde se planteaba la trágica dirección que estaba tomando la educación americana al ser invadida por el evolucionismo y el comunismo. A. P. Dixon, un colaborador de *Los Fundamentales*, veía conectados el problema escolar, el futuro de la civilización y el declive espiritual propiciado por las corrientes modernistas. Para él, las teorías de Darwin habían introducido la idea de la supervivencia del mejor adaptado y el derecho científico para destruir al débil. Estos principios eran antidemocráticos y, por lo tanto, antiamericanos.

### **La Nueva Derecha Cristiana: los televangelistas**

El fundamentalismo de principios del siglo XX es el antecedente ideológico de uno de los fenómenos políticos más importantes e influyentes en la reciente historia de los Estados Unidos. Se trata de la Nueva Derecha político-religiosa americana, como la califican Samuel S. Hill y Dennis E. Owen<sup>3</sup> o, simplemente, la Nueva Derecha Cristiana, como la denominan Robert C. Liebman y Robert Wuthnow.<sup>4</sup> A partir de 1975, junto a la primera campaña de Ronald Reagan, aparecieron una serie de organizaciones religiosas que reaccionaban contra los movimientos de liberación de la década anterior.

Durante muchos años, los evangelistas protestantes americanos se mantuvieron al margen de la política. Para poetas como Emerson, la práctica de la política era un mal del alma. Pero los movimientos de liberación de los años sesenta, junto con la pornografía, la homosexualidad, el feminismo, las drogas y «el amor libre», fueron motivos suficientes para que algunos grupos religiosos asumieran posiciones políticas. Estos grupos de la Nueva Derecha Cristiana tienen a su disposición un gigantesco poder mediático con cadenas de televisión, radios, periódicos y revistas. Además, cuentan con universidades, iglesias, hospitales y otras instituciones benéficas o culturales. Si bien cada grupo o cada líder (algunas veces cuesta diferenciar al líder del grupo) pretende una oferta con personalidad, en algunos temas se producen amplias coaliciones. Al hablar del aborto, de los homosexuales, de la pornografía, de las drogas o del feminismo, las posiciones de grupos como *Moral Majority*, *The Religious Roundtable* o *The Christian Voice* son casi idénticas. La competitividad mediática existente entre estas organizaciones fundamentalistas ha obligado a sus líderes a abandonar sus concretas connotaciones sectarias para buscar mensajes capaces de atraer a la audiencia americana en general. Así, los formatos, sobre todo los formatos televisivos, han tendido a homogeneizarse. Esta homogeneización del discurso para conseguir audiencias masivas se produce también en los partidos políticos de las democracias actuales. La búsqueda del centro político pretende captar votos de cualquier ciudadano y ello obliga a perder o a desnaturalizar los elementos ideológicos originarios. De forma similar, los líderes de la Nueva Derecha Cristiana, a lo largo de los ochenta, dejarán a un lado los temas puramente teológicos que les separan para hablar de asuntos sociopolíticos que afectan a esa entidad común que pronto llamarán «nuestra nación cristiana». En su importante programa televisivo, Jerry Falwell, el líder de *Moral Majority*, comenzó hablando casi exclusivamente de Dios, pero pronto fue cambiando sus mensajes al ver que sus audiencias crecían al tratar temas como el aborto, la criminalidad urbana, la

progresiva amenaza contra la familia nuclear que suponen los homosexuales o las madres solteras, la pornografía, las drogas y, en general, lo que todos ellos llaman «el humanismo secular». Otros televangelistas copiaron a Falwell exagerando incluso sus tendencias hacia la profecía milenarista, los milagros retransmitidos en directo, los ruidosos trances, las donaciones telefónicas a través de bancos propios como el famoso «Banco de Dios», en fin, toda una suerte de prácticas rituales que a cualquier ciudadano europeo le podrían resultar realmente exóticas.

Los televangelistas americanos –más de uno ha terminado en la cárcel– piden mucho dinero. La forma de enviarlo es muy fácil para el telespectador. En la parte inferior de la pantalla aparece un número de teléfono al que se puede llamar para enviar dinero mediante cualquier tarjeta de crédito. Algunas veces los televangelistas dejan de hablar y rompen a llorar. El motivo es que no está llegando al programa el dinero suficiente para construir un nuevo hospital contra el cáncer o para llevar a cabo cualquier otro proyecto de la organización.

Algunos estudios han demostrado que, geográficamente, el fenómeno mediático de la Nueva Derecha Cristiana se concreta sobre todo en el llamado Cinturón Bíblico, es decir, en los Estados más pobres y culturalmente aislados. En general, las zonas urbanas tienden a mostrarse más indiferentes al fenómeno que las rurales. Este elemento es coherente con el fundamentalismo de principios del siglo XX, que veía en las ciudades americanas el semillero de la corrupción, así como el espacio en el que se asentaban las comunidades inmigrantes, casi siempre lejanas a la tradición blanco protestante.

En términos generales, la Nueva Derecha Cristiana quiere implantar una sociedad en la que predominase la familia nuclear, en la que los roles sexuales fueran claros y en donde un gobierno fuerte asegurase la soberanía de Dios. Consecuentemente, tal sociedad ejercería un papel paternalista que influiría en otros países para que se extendieran las cruzadas en defensa de la cristiandad. En tal sociedad también sobresaldría la coherencia interna y el bienestar social. En resumen, todos los grupos fundamentalistas de la Nueva Derecha Cristiana propugnan: a) que la sociedad americana está en decadencia; b) que mientras se pueden reconocer muchos derechos, en algunos casos –como en el de los homosexuales–, estos derechos deben ser negados por estar en contra de Dios y de la tradición americana; c) el camino hacia la rectitud está escrito en la Biblia y se debe interpretar y seguir; d) es necesario que los americanos reaccionen a tiempo si no quieren ver su nación con una enfermedad incurable.

En 1980, Christian Voice emitió el siguiente comunicado en favor del que luego sería presidente: «Hemos dejado que las fuerzas de Satan gobiernen nuestra nación y controlen nuestro destino. Estos son ataques morales que nos afectan, el bien contra el mal, Cristo contra el Anticristo. Ronald Reagan es el único candidato que ha mantenido firmemente los principios cristianos. La comunidad cristiana debe apoyar a Ronald Reagan para que sea presidente de los Estados Unidos».

Las identificaciones de la Nueva Derecha Cristiana con el partido republicano han sido muy claras desde mediados de los setenta. Por ejemplo, Cristian Voice se dedicó a relacionar a Carter con los derechos homosexuales. Carter había declarado que él no propugnaría la discriminación de nadie en base a su

«orientación sexual». En un anuncio televisivo, Cristian Voice respondía a Carter haciendo aparecer a una mujer que decía: «Como madre cristiana que soy, desearía que mis hijos rezaran en el colegio. Yo no querría que a ellos se les enseñara que la homosexualidad y el aborto son perfectamente aceptables. Me desagradó comprobar que el presidente Carter discrepa de mí sobre estos temas. Como cristiana y como madre, yo votaré a Ronald Reagan, un hombre que protegerá los valores cristianos de las familias americanas». Luego, como un estribillo que se repetía también en otros anuncios, se escuchaba: «Carter propugna la aceptación de la homosexualidad, Reagan propugna la familia cristiana».

La tradición protestante ofrece otra faceta que nos revela mucho del contexto de los líderes televangelistas. El individualismo religioso y la interpretación personal del Texto Sagrado permite a los líderes fundamentalistas dirigirse a las audiencias directamente, sin encomendarse a ningún estamento jerárquico superior. Esto no sería igual en el caso del catolicismo. Si un sacerdote católico dijera en televisión –como dicen algunos televangelistas– que el apoyo de los EEUU a Israel está justificado en la Biblia, seguramente sería sancionado por un obispo, por un cardenal o, finalmente, por el Sumo Pontífice. Al no existir una exégesis oficial en la estructura del protestantismo, un televangelista puede decir en su nombre prácticamente lo que se le antoje. Por ello, el fenómeno televangelista de la Nueva Derecha Cristiana es casi exclusivamente protestante. Por otra parte, esta libertad exegética del protestantismo se adapta muy bien a las necesidades del formato televisivo. Los televangelistas pueden realizar programas muy animados en donde aparecen cantantes, concursos, milagros y otros recursos inimaginables en el contexto antitelevísivo del catolicismo, cláramente limitado a los rituales de la misa y, en todo caso, a los solemnes y fríos discursos del Papa. Las consecuencias sociológicas de lo anterior son importantes: el fundamentalismo protestante de la Nueva Derecha Cristiana, a través de la televisión y la radio, está consiguiendo un fenómeno de conversión religiosa a nivel planetario. En Europa, en Australia, en algunos países asiáticos y africanos, y, sobre todo, como veremos, en latinoamérica, donde ya hay 35 millones de adeptos, el fenómeno fundamentalista de la «iglesia eléctrica» está atrayendo a millones de almas.

## Reacciones

Las reacciones que ha producido el fenómeno han sido diversas. La mayoría de los sectores progresistas norteamericanos vieron estas nupcias entre religión y política con mucho recelo. El tono de seguridad que siempre existe en sus discursos emitidos con frecuencia a gritos, así como el fatalismo populista con el que tiñen todos sus programas, ha llevado a algunos analistas políticos a compararlos con los fascismos. En televangelistas como Jerry Falwell y su organización Moral Majority, muchos han visto un subyacente discurso racista y prejuiciado. Al propugnar una «mayoría moral», Falwell está condenando a una «minoría inmoral». Los fundamentalistas han sido relacionados también con la tradición populista que ha ido apareciendo en este país en los períodos de crisis. A grandes rasgos, la mayoría de las comunidades protestantes, católicas y judías se muestran molestas con esta apropiación de la Biblia que tiene como consecuencia la pretensión de orientar a todos los cristianos americanos. Autores como S. Martin Lipset o Peter Berger denunciaron desde el principio los serios peligros que

encierra el fenómeno de la Nueva Derecha Cristiana. En una revista de sociología política, decía Berger: «Si uno afirma que una posición política es la voluntad de Dios y no otra, está implícitamente condenando a todos aquellos que no piensan igual».

La comunidad judía también ha sido, en general, crítica con el fenómeno. Sólo algunos sectores judío-ortodoxos han coincidido en puntos concretos como el que refiere al aborto, la pornografía y la degeneración moral americana. Sobre todo, éstos vieron bien el explícito apoyo al Estado de Israel llevado a cabo por los líderes de la Nueva Derecha Cristiana (justificado incluso con profecías de Ezequiel). En cambio, Alexander Schindler, presidente de la Union of American Hebrew Congregation, consideró que ese apoyo estaba justificado por propio interés fundamentalista: «En su lectura fundamentalista de la Biblia, Jesús no puede realizar la segunda venida hasta que los judíos recuperen la totalidad de sus tierras bíblicas».5 Otros autores como Daniel Bell o Christopher Lasch han interpretado el fenómeno ideológico de la Nueva Derecha Cristiana como el resultado de la necesidad que tiene la sociedad norteamericana de crearse héroes. Un ejemplo de ese afán de heroicidad romántico-nacionalista está en el mensaje educativo que el Liberty Baptist College publicó para sus alumnos unos días antes de las elecciones en las que Reagan resultó ganador por primera vez: «Vosotros podéis hacer grandes cosas para Dios. Vosotros debéis salvar a América».

### **El fundamentalismo en Latinoamérica y en España**

Durante más de quinientos años, el catolicismo ha sido la única religión latinoamericana. Pero en las últimas dos décadas, el fundamentalismo cristiano de inspiración norteamericana ha lanzado una cruzada realmente importante a través de la radio y la televisión. En la actualidad, más de 35 millones de latinoamericanos son protestantes. Siguiendo el estilo norteamericano, su principal medio es la televisión. Con frecuencia se reúnen en estadios de fútbol para celebrar sus mensajes: «no fumes, no bebas, no juegues dinero, obedece a la Biblia». Son exigencias para que los fieles obtengan mejoras económicas, espirituales y sanitarias. La mayoría de estos fieles son muy pobres, son inmigrantes que se desplazan del campo a la ciudad. Muchos de ellos se asientan en barrios de chabolas en los que se produce la marginalidad, la violencia y los problemas sanitarios. Es precisamente en estos sectores pobres y urbanos en donde mejor se expanden los mensajes de los fundamentalistas norteamericanos, aunque también son considerables los sectores rurales que han adoptado la nueva religión. En Brasil se encuentra el movimiento fundamentalista más importante de América latina, con más de 15 millones de seguidores. En Guatemala, cerca del 50 por ciento de la población ya es evangelista, siendo los pentecostales los que más se expanden. Sus actividades participativas han atraído a gente completamente desamparada.

Casi todos los televangelistas latinoamericanos prometen prosperidad económica a sus paupérrimos fieles. Paradójicamente, su discurso es muy conservador. Siempre se propugna la aceptación de la autoridad vigente. Nunca se propone ninguna medida política, ni reforma, ni programa de partido, ni siquiera se propone la democracia: la autoridad debe respetarse aunque sea militar.

En los 60, la intensidad de las reivindicaciones sociales polarizó la sociedad civil latinoamericana. Esta polarización terminó en dictaduras en casi todos los países del continente. La iglesia católica también se vió sumida en un conflicto interno. Ello provocó la aparición de la Teología de la liberación. Con ella, la iglesia católica se convirtió en una institución incómoda para los dictadores. Algunos como Pinochet se abrieron a recibir a evangelistas norteamericanos de gran peso, como Jimmy Swaggart. En una intervención multitudinaria en Guatemala, el pastor norteamericano Pat Robertson (dueño de la cadena Christian Broadcasting Network y candidato en unas primarias por el partido republicano), dijo que «matar a Allende en Chile fue lo mejor que podía pasar, porque estaba destruyendo a su país y pretendía implantar el comunismo».

La expansión fundamentalista también ha llegado a España, en donde han proliferado cientos de iglesias evangélicas. Algunas de ellas están ligadas a pastores que emiten programas de radio y televisión. El formato y el estilo de estos programas es muy parecido al de los telepredicadores norteamericanos. Persiste el mismo tono fanático de líderes y fieles, el mismo conservadurismo, los mismos gritos, milagros sanadores, las mismas promesas de prosperidad, la misma referencia constante e irreflexiva a la Biblia. La gran mayoría de los fieles protestantes fundamentalistas de nuestro país son inmigrantes latinoamericanos, pero el número de españoles conversos crece cada día. Ya existen incluso algunos reverendos españoles, como Epi Limiñana, que han hecho exitosas giras por países latinoamericanos. En Madrid, la iglesia Nueva Vida en Pueblo Nuevo ha incrementado sus adeptos en poco tiempo. En un reportaje de David Moncasi Argilés y Fernando Martín Llorente, recientemente emitido en Canal+, el pastor Epi Limiñana aparece grabando programas para la cadena TBN España. El año pasado, Epi Limiñana consiguió reunir a 9.000 personas en la plaza de toros de Vista Alegre de Madrid. Ya ha aprendido a gritar como los telepredicadores fundamentalistas norteamericanos más exaltados. Sus ritos resultan muy raros: sopla con fuerza sobre el micrófono y se acerca a sus fieles, los toca, caen al suelo; luego sostiene la cabeza de una mujer con una mano y grita: «Yo te ordeno que puedas tener hijos». A otra mujer le espeta: «Sal, sal ahora, Satanás». En el reportaje citado podemos ver el impresionante dominio de Limiñana entre los entregados fieles de Guatemala. La reunión termina allí con un exorcismo que el pastor español practica a una mujer que supone poseída por el diablo. La mujer da gritos convulsivos (recuerda un poco a la niña de la película El exorcista). Epi Limiñana interviene con autoridad, trata de apaciguarla, «hay que hablarle» «hay que hablarle», dice. Pero la poseída sale corriendo y se revuelca por el suelo.

La iglesia de Talía, en Madrid, funciona más democráticamente. El sueldo del pastor y su propio cargo se acuerdan por votación. El pastor de esta iglesia se llama Mariano Blázquez. Además de pertenecer al «consejo de ancianos» de la iglesia de Talía, Mariano Blázquez es secretario ejecutivo de la federación de iglesias evangélicas españolas, que agrupa a 1.700 de las casi 2.000 que hay ya en nuestro país.

Muchos de los programas que se emiten en latinoamérica se ven en Europa y en España a través de TBN-enlace. Esta televisión tiene su sede en la Ciudad de la Imagen (Madrid), y es filial de la norteamericana Trinity Broadcasting Network. TBN-enlace es una de las televisiones más importantes de la España



televangelista. Cada tres meses organiza «telemaratones» para recaudar fondos. A pie de su pantalla siempre aparece el número de cuenta bancaria del BBVA al que los fieles pueden enviar sus donaciones. La antena evangélica Canal 33 emite programas de la polémica iglesia del Espíritu Santo de Brasil, prohibida en varios países por considerarse una secta maléfica. Otra televisión española, llamada RTV Amistad, tiene su sede en Sabadell. En Madrid podemos encontrar la cadena T verbo, dirigida por el reverendo Miguel Diez. Él es el protagonista del programa estrella de la cadena, «Estamos contigo». T verbo pertenece a Remar, ONG que se dirige sobre todo a los marginados. En España tiene iglesias, agencias inmobiliarias, agencias de viajes, escuelas...

En nuestro país se han producido algunas reacciones en contra del fenómeno fundamentalista. Existe ya una asociación de afectados, que representa José Romero. En el reportaje citado, Romero declaró: «Este tipo de predicadores manipulan la inocencia de sus fieles y los convierten en fanáticos. Creemos que el gobierno debería tomar alguna iniciativa. Algunos de nuestros familiares han donado mucho dinero a un poder que no está nada claro».

Podemos concluir este artículo con unas palabras del presidente Bush, quién, hace unos meses, declaró en una reunión del partido republicano: «Los EEUU hemos sido bendecidos gracias a nuestra fe en Jesús, que es nuestra fuerza y nuestra principal herencia. El mundo entero tiene puestos los ojos en nuestro país y espera que nosotros lo guíemos por el camino moral».

1 Citado en Willard B. Gatewood. *Controversy in Fundamentalism, Modernism and Evolution*. Tenn, 1969, p. 93.

2 John Harris Jones. *Christianity as a Reforming Power*. EA, 1973, p. 62.

3 Samuel S. Hill y Dennis E. Owen. *The New Religious Political Right in America*. Abingdon, 1980.

4 Robert C. Liebman y Robert Wuthnow. *The New Christian Right*. Aldine, 1979.

5 Alexander Schindler. *Newsweek*, febrero de 1981.

## BIBLIOGRAFÍA

- Anderson, P. *American Roots*. Rochester University, 1975.  
Cañeque, Carlos. *Dios en América: una aproximación al conservadurismo político-religioso en los Estados Unidos*. Península. Barcelona, 1988.  
Fallwell, Jerry. *Listen America*. Bantan Books, 1979.  
Herberg, W. *Protestan, Catholic, Jew*. Anchor, 1955.  
Hofstadter R. *The Paranoid Style in American Politics*. Knopf, Nueva York, 1965.  
Lipset y Raab. *The Politics of Unseason*. Chicago, 1970.  
Niebuhr, R. *The Irony of American History*. Scribner, Nueva York, 1952.  
Reeve, J.J (editor). *The Fundamentals, A Testimony to the Truth*. Chicago, 1910-1915.  
Sandeem, Ernest. *The Roots of Fundamentalism*. Anchor, 1992.